

La noche del sentido: Valente-Gelman

MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ

a José Manuel Diego

En su poema “No inútilmente”, de *La memoria y los signos* (1966), apuntó José Ángel Valente (1929-2000) “que todavía no sabemos / hasta cuándo o hasta dónde / puede llegar una palabra, / quién la recogerá ni de qué boca / con suficiente fe / para darle su forma verdadera”. De entre los numerosos poetas que han establecido un diálogo fecundo con el autor español, y por tanto, señalan la imposibilidad de medir el real alcance de la palabra poética, ajena incluso a sí misma, destaca el nombre del escritor argentino Juan Gelman (1930), quien le dedica en 1986 su libro *Composiciones*¹.

Tras un “Exergo” en el que Gelman sustenta como central la condición paradójica del libro, la dedicatoria a Valente confirma un espacio fructífero de encuentro entre ambos, cuyas puertas se habían abierto con anterioridad, especialmente en el ensayo “Bajo algunos textos del poeta”², publicado en *Quimera* en 1984, al que después se sumará “El coraje (Lectura de *El fulgor* de Valente)”³, un texto del año 88. El 17 de enero de aquel año, José Ángel publicaba en *El País* un artículo titulado “Juan Gelman: aire y ángeles” en el que se hacía eco del regreso del argentino a su tierra tras trece años de exilio, y contaba que lo conoció en París en los primeros días de 1983: “Leí o releí entonces su obra” “pero entré en particular comunicación con su escritura más reciente, sobre todo con los poemas que compone *Citas y comentarios* [...]. Ese libro [...] estableció entre la escritura de Gelman y la mía propia un territorio de radical encuentro”. Si por su parte Gelman había utilizado un sustantivo de su estirpe personal “el coraje” — para hablar de *El fulgor* de Valente, éste emplea ahora un adjetivo de raigambre propia para definir su encuentro con Gelman como un encuentro “radical”. Y continúa Valente:

Radicalidad tal la de ese encuentro que bien podría yo establecer en mi personal relación con la escritura de Gelman dos fases: una, la de la escritura simplemente leída; otra, la de la escritura con él compartida o convivida. Convivialidad o convergencia de la palabra que acaso llega a su punto extremo en el período en el que Gelman escribe *Composiciones* [...], donde recupera la tradición hebrea y donde hace oír desde la voz de los viejos poetas

1 Barcelona, Ediciones del Mall, 1986.

2 *Quimera*, 1984, nº 39-40, págs. 87-89. Después recogido en Claudio Rodríguez Fer (ed.), *José Ángel Valente*, Madrid, Taurus, 1992, págs. 21-28.

3 *Syntaxis*, 1988, nº 18, pág. 12.

judíos, realumbrada en la suya propia, un canto en el que el exilio y el amor se funden en un solo y luminoso cuerpo”⁴.

Si ya con anterioridad había escrito Valente sobre Gelman⁵, a partir de esa fecha la cercanía poética será creciente y se hará tangible en las dedicatorias de poemas en *Eso* (1986) y *Valer la pena*, el último libro de Gelman⁶, en el que se recoge el poema “La conversación con Mara anoche

A José Ángel Valente

En la jaula del pensamiento no cabe
el amor que no dan.
La mentira cubre el planeta. Hay
visitas que no llegan
y parientes prestados. Una hija
aniquila a su padre,
un tenor canta *La Traviata*.
La voz se recuesta en la sangre
como existir bajo el sol. Pasa
el poder vestido de célebres venenos.
Del otro lado estamos tristes,
con furias dudosas, tristes, y
amores llenos y vacíos que
marchita la indignación. ¿Eso
explica la prosa del mundo?
A veces ceso totalmente y se abren
los pedacitos del amanecer
en un rincón de la lengua⁷.

Frente a la “prosa del mundo”, los dos poetas inician un acercamiento decisivo a la noche oscura del alma y su raíz sanjuanista, que en ambos además sella la madurez de su producción. En el caso de Valente, marca, en opinión de su estudioso José Manuel Diego⁸, la última etapa del poeta, que él llama “tensional”. En la edición, junto a José Lara Garrido de *Hermenéutica y mística: San Juan de la Cruz* (1995), señala Valente

con cuánta mayor claridad cabe ver hoy hasta qué punto es Juan de la Cruz la figura en la que culmina nuestra tradición lírica. Sin embargo, dicha tradición va a evolucionar desde el XVII hasta comienzos del presente siglo con un radical desconocimiento —al

4 J. A. Valente, “Juan Gelman: aires y ángeles”, *El País*, Madrid, 17 de enero de 1988, pág. 11.

5 J. A. Valente, “Juan Gelman o los ríos de la memoria”, *Cambio16*, Madrid, 4 de mayo de 1987, nº 805, pág. 87.

6 Se publicó en México en 2001 y acaba de ser publicado en España por Visor (Madrid, Visor, 2002).

7 En la citada edición española, pág. 79.

8 José Manuel Diego y Tomás Sánchez Santiago, *Dos poetas de los 50: Carlos Barral y José Ángel Valente*, Granada, Antonio Ubago, 1990.

menos funcional— del más poderoso núcleo de su propia escritura, que permanece marginado o recluso en la órbita de lo devocional⁹.

De ahí además que Valente se haya interesado de forma tan importante por la obra de otros escritores que se han acercado a la misma raíz, como el peruano Emilio Adolfo Westphalen, autor de unas *ínsulas extrañas* (1933) que a su vez dan pie al título de la muy reciente antología de poesía en lengua española (1950-2000) seleccionada por Eduardo Milán, Andrés Sánchez Robayna, Blanca Varela y el mismo Valente, en la que se encuentran recogidos varios poemas de Gelman¹⁰.

En su obra una fecha resulta decisiva, la de 1982, en la que publica *Citas y comentarios*, un libro en el que dialoga con la poesía mística española, teresiana y sanjuanista, y establece un contacto fecundo con el *aquello*¹¹ de San Juan:

La experiencia del exilio en el *aquello* de San Juan de la Cruz, que da cuenta de lo que no tiene forma y deja traza. ¿Esa traza es la marca de una ausencia que no cesa de no escribirse? ¿Es un vacío-pasión que arde en el deseo del expulsado? El expulsado sólo puede dar lo que no tiene y habla desde la utopía, su ningún lugar. Como el amor, como la poesía¹².

En Valente y Gelman la cercanía a la raíz sanjuanista apunta de modo fundamental a la exigencia ética del poeta: frente a “la prosa del mundo”, el poeta da lo que no tiene, la utopía, su ningún lugar, al que se accede a través del silencio, el despojamiento, la experiencia del desierto¹³ como modo de penetrar en la noche del sentido a la que habrá de acompañar la luz que arde y fulgura en el deseo del expulsado.

Es precisamente la noche uno de los símbolos capitales de la obra de Valente, aunque se cubre de diferentes mantos. Como ha señalado César Real Ramos, es la “noche sosegada, de descanso y refugio”, pero también la “noche oscura de la meditación espiritual, noche de los sentidos, de desorientación, sufrimiento y purgación”¹⁴, y al tiempo, la noche de la contemplación.

9 J. A. Valente, “Formas de lectura y dinámica de la tradición”, en J. A. Valente y José Lara Garrido (eds.), *Hermenéutica y mística: San Juan de la Cruz*, Madrid, Tecnos, 1995, págs. 15-22; pág. 16.

10 “Nota XXIV”, “Nota XXVI”, “Comentario I”, “Cita XI”, “[hablarte o deshablarte / dolor mío]”, “el expulsado”, “El animal”, “El otro”, “El ojo” y “decir”. En *Las ínsulas extrañas. Antología de poesía en lengua española (1950-2000)*, sel. Eduardo Milán, Andrés Sánchez Robayna, José Ángel Valente y Blanca Varela, Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 2002, págs. 623-628.

11 Para un comentario detallado de la estrofa 38 del *Cántico espiritual* (Allí me mostrarías / aquello que mi alma pretendía, / y luego me darías / allí tú, vida mía, / aquello que me diste el otro día;”), véase de Erminia Macola, “«Aquello»: la tensión suavizada del *Cántico*”, en J. A. Valente y J. Lara Garrido (eds.), *Hermenéutica y mística*, ed. cit., págs. 281-292.

12 Juan Gelman, “Notas al pie”, en el número monográfico bajo mi coordinación “Juan Gelman: Poesía y coraje”, *La Página*, enero-marzo de 2002, n° 47, págs. 5-14; pág. 8.

13 En un breve pero muy agudo texto, reflexiona Fernando Rodríguez de la Flor sobre el espacio del desierto: “en un tiempo en que comienzan a emerger los controles, las redes de castigo, de enseñanza y de encuadramiento, el territorio eremita se hurta por completo a toda práctica que cree interés o plusvalía. Negándose a la mirada (por cuanto se constituye en un *sacra*: cerrado y secreto), se autodefine como clausurado para siempre al poder del príncipe (aun cuando éste sea eclesial) y, más tarde, al de su sucesor, el ciudadano”. En *Locus eremus*, Salamanca, Cuadernos para Lisa, 2001, pág. 26.

14 César Real Ramos, “«En los bordes extremos de la luz»: la palabra poética de José Ángel Valente”, prólogo a J. A. Valente, *El vuelo alto y ligero*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional, 1998, págs. 7-78; págs. 16-17.

En Gelman es, de modo radical, la noche de la purgación, la que se encuentra ocupada por las sombras de los amigos muertos, de los hijos desaparecidos y la derrota infligida en lo más íntimo del ser. Es la noche del sufrimiento, en la que el poema se gesta como una pelea decidida contra la muerte¹⁵.

Y en ambos, marcada de forma profunda por la desposesión¹⁶, la noche del sentido es noche exiliar. Si Valente asume el exilio de forma voluntaria desde 1958 a 1985 y, en su regreso a España, se radica en Almería (lo que “viene a ser casi lo mismo”¹⁷), Gelman se ve forzado a abandonar su país en 1975, al que no puede retornar hasta 1988, estableciéndose en México definitivamente. Ambos se inscriben de forma simbólica en un no-lugar. En Valente incorpora varios símbolos, que comparten gran parte de sus semas: el desierto¹⁸, la noche, el límite-umbral. Por su parte en el argentino, tal y como he pretendido señalar en “La visión exiliar de Juan Gelman”¹⁹, el exilio convoca y aúna experiencias diversas e incluso divergentes para mostrarse como la condición central del ser humano: a la experiencia histórica individual del que ha de abandonar su país en condiciones de extrema gravedad se suman y superponen vivencias exiliares que Gelman termina haciendo suyas: así la de los cabalistas y místicos como exiliados de Dios, entre los que resuenan con especial intensidad los nombres de Isaac Luria y Juan de Yepes.

Con el primero “com/pone” Gelman, en su libro así titulado, varios poemas: “Dónde”, “Allí”, “Si”, “El huérfano”. En este último texto condensa las enseñanzas del cabalista: “apuro el tiempo para verte/ estoy exiliado de mí/ como el Creador de todo lo creado”²⁰. Por su parte Valente se ha referido en su artículo “Poesía y exilio” a la cosmovisión de Luria en tanto que “responde al compromiso histórico de explicar el sentido del exilio como forma de un exilio original o primordial, de un exilio ontológico —fundamento del ser—”²¹ enfrentado al reino (el poder, el centro de la enunciación)²².

15 “La poesía enfrenta a la nada, mira a la muerte a los ojos”. En “Notas al pie”, ed. cit., pág. 6.

16 Miguel Mas propone, bajo el nombre general de “retórica de la desposesión”, el estudio de la obra de Valente desde *El fin de la edad de plata*. En *La escritura material de José Ángel Valente*, Madrid, Hiperión, 1986, págs. 51-63.

17 “En este sentido, yo me siento próximo a Juan Goytisolo. Nos unen, además, muchas otras cosas. Hemos vivido fuera, seguimos viviendo a medias fuera, sobre todo él; yo vivo en Almería, aunque esto viene a ser casi lo mismo”. En la entrevista que concedió a la escritora venezolana Ana Nuño, “Valente, el apocalíptico ángel de la creación”, (septiembre de 2002).

18 “El desierto es el espacio privilegiado de la experiencia de la palabra, en un estado de espera o de escucha que, por serlo, no se consume en sí mismo, sino que tiende incesantemente a más”. En *Variaciones sobre el pájaro y la red* precedido de *La piedra y el centro*, Barcelona, Tusquets, 1991, pág. 253.

También en la entrevista publicada en *El Ciervo*: “Sin la experiencia del desierto no hay poesía” –1993, n° 502, págs. 25-31-.

19 “La visión exiliar de Juan Gelman”, en Francisca Noguero (coord.): “Literatura y alienación”, *América Latina Hoy*, abril de 2002, n° 30, págs. 79-95.

20 La barra es de Gelman, pero coincide con el final del verso.

21 J. A. Valente, “Poesía y exilio”, *Vuelta*, 1993, n° 203, pág. 16.

Así el poema “El expulsado” de Juan Gelman, perteneciente a *Composiciones*:

“me echaron de palacio/
no me importó/
me desterraron de mi tierra/
caminé por la tierra/
me deportaron de mi lengua/
ella me acompañó
me apartaste de vos/ y

Al tiempo, la cultura judía se le revela a Gelman como una cultura raigalmente exiliar. Entre los poetas hispano-judíos con los que “com/pone” su libro se encuentra Abraham Abulafia²³, a quien el español había dedicado en *El fin de la edad de plata* (1973) el breve texto “Abraham Abulafia ante Portam Latinam”²⁴. A ello se superpone, por último, la cultura popular del tango, ya presente en *Gotán* (1962), como la que canta el exilio de la amada, de la fortuna, del centro personal. Al respecto ha dicho Gelman que los autores de tango “son verdaderos místicos argentinos”. Y todos ellos “están obsesionados con la pérdida o la ausencia de lo amado. Unos en relación a Dios, y otros a los afectos, los amigos, la familia”²⁵.

Así, cuando Gelman comenta algunos versos de Valente en “Bajo algunos textos del poeta”, abre sus palabras precisamente desde

El universo como enigma de lo unánime que se exilia de sí. *Galerías, sumergidos pasillos, fondos (La piedra y el centro)*. La piedra exiliada del centro como centro exiliado. Todo es centro que desaparece en su centro, exilio que se exilia de su exilio, universo que ya se va de sí. Una mujer que pasa y deja una rosa sobre la mesa del café de Alejandría donde René Zapata sueña que discute. Una mujer que viene de la calle y desaparece en otra mujer para siempre y abandona el centro de una rosa instantánea que abolirá un exilio para devolver otro mayor que ya la abarca. Cada acto de creación como peso que extiende el exilio, agranda la visión del país al que nunca se entrará, arroja la palabra para que haya silencio. Dios se exilia de Dios (*pregunto, Luria*).

La poesía, tendida entre dos polos, nada a nada, clavada a su pasión.²⁶

Por su parte, Valente y los demás antólogos de *Las ínsulas extrañas* han destacado en Gelman que “el exilio —contraviniendo lo que suele suceder en estas ocasiones— no ha sido una puesta en fuga de la palabra ni una búsqueda de ámbitos propicios para la creación libre sino la asunción de una precisa realidad histórica. La conciencia de la historia en el poema ha sido, se diría, generada o engendrada por el sentimiento o la experiencia del exilio”²⁷.

Volviendo al término antes propuesto, la noche exiliar es a su vez noche del sentido. En ambos hay la plena consciencia de que salir de sí es el primer paso de un proceso

se me apagan los huesos/
me abrasan llamas vivas/
estoy expulsado de mí/

yehuda al-harizi
(1170-1237/toledo-provenza-palestina)”

En el volumen recopilatorio *De palabra*, Madrid, Visor, 2002, pág. 471.

²² Los versos “Porque es nuestro el exilio. / No el reino” cierran *Presentación y memorial para un monumento* (1970) de Valente. En J. A. Valente, *Anatomía de la palabra*, ed. Nuria Fernández Quesada, Valencia, Pre-Textos, 2000, pág. 52.

²³ En el poema “La batalla”.

²⁴ Para un comentario de la tácita identificación entre cabalista y poeta en el texto, así como del enfrentamiento entre heterodoxia y dogma, véase de Armando López Castro, *Lectura de José Ángel Valente*, Universidad de León y Universidad de Santiago de Compostela, 1992, pág. 174 y ss.

²⁵ Pablo Montanaro y Ture (Rubén Salvador), *Palabra de Gelman (en entrevistas y notas periodísticas)*, Buenos Aires, Corregidor, 1998, pág. 28.

²⁶ Juan Gelman, “Bajo algunos textos del poeta”, ed. cit., pág. 87.

²⁷ *Las ínsulas extrañas...*, ed. cit., pág. 21.

de destrucción de la identidad del *sí mismo*²⁸, que conlleva irreparablemente la pérdida de la propia voz, cuya forma asume la del “deshacimiento” sanjuanista²⁹. En ese “estado de «suspensión» (y *todos mis sentidos suspendía*), es decir, de tensión máxima y de máxima quietud, de pasividad y actividad extremas”³⁰, en palabras de Valente, deshacerse es volverse *forma del vacío* para que éste alcance su *plenitud*, y sus sinónimos son numerosos en la poética del autor gallego —silencio, otredad, nada germinadora— o de Gelman —la noche, las sombras, el pájaro³¹—. En ambos, la ascesis o movimiento negativo hacia el Verbo es el arduo camino hacia la visión, por lo que la paradoja se aparece como eje vertebrador de las poéticas³². Si Valente escribe desde la “desposesión oscura, / en donde sólo nace el sol radiante de la noche”³³, Gelman por su parte se refiere al tema de la plenitud del vacío como el tema vertebral de sus últimos libros³⁴ y a su vez, en “Notas al pie” reflexiona sobre el hecho poético en términos antitéticos:

Siento al escribir

la irrigación de una matriz que me hizo la boca, sus aguas y navegaciones, su latir secreto, la inminencia de otro mundo detrás de una pared transparente de nada, mundo que atisbo sin poder tocar y cuya lejana cercanía me toca como presencia ausente que habla, que me hace hablado por *aquello*, el agujero que mira como ojo del infinito.³⁵

Al tiempo, es noche del sentido porque “penetrar en las sombras supone entrar en el vacío de la desposesión: no hay apoyo al que aferrarse ni recompensas sensoriales; el suje-

²⁸ Son palabras de Valente en el “Ensayo sobre Miguel de Molinos” que precede a la *Guía espiritual seguida de la Defensa de la contemplación*, Barcelona, Barral, 1974, pág. 14. También se ha referido a la aniquilación del “yo” en la entrevista concedida a Nuria Fernández Quesada y publicada en *Anatomía de la palabra*, ed. cit., págs. 131-149, especialmente pág. 146 y ss.

²⁹ “Era tu forma ese deshacimiento”, en *Fragmentos de un libro futuro*, el libro póstumo de J. A. Valente (Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 2000, pág. 77).

³⁰ En “Ensayo sobre Miguel de Molinos”, *Guía espiritual...*, ed. cit., pág. 18.

³¹ Así en el extraordinario poema:

“el pájaro se desampara en su
vuelo/quiere olvidar las alas/
subir de la nada al vacío donde
será materia y se acuesta
como luz en el sol/es
lo que no es todavía/igual al sueño
del que viene y no sale/traza
la curva del amor con muerte/va
de la conciencia al mundo/se encadena
a los trabajos de su vez/retira
el dolor del dolor/dibuja
su claro delirio
con los ojos abiertos/canta
incompletamente”.

Publicado en *Incompletamente* (1997), después Gelman lo recoge en *Tantear la noche* (2000) como “Fe de erratas”, y, con el mismo título, en el número monográfico “Juan Gelman: Poesía y coraje”, ed. cit., pág. 14.

³² Véase mi trabajo “Notas a unas notas (Paradoja y poesía en Juan Gelman)”, en “Juan Gelman: Poesía y coraje”, ed. cit., págs. 41-51.

³³ En el poema “Antecomenzo” de *Interior con figuras* (1976). En *Anatomía de la palabra*, ed. cit., pág. 75.

³⁴ Pablo Montanaro y Ture (Rubén Salvador), *Palabra de Gelman...*, ed. cit., pág. 146.

³⁵ Juan Gelman, “Notas al pie”, ed. cit., pág. 7.

to no puede complacerse en nada, ya que no hay sino desnudez”³⁶, en palabras de Carlos Peinado. En la noche del sentido la palabra pierde también su vinculación con los discursos dominantes y deja paso a formas de ajenidad o de extrañeza que hagan visible la desposesión: los numerosos neologismos e incorrecciones gramaticales de la poesía de Gelman, así como el uso arbitrario de la barra gráfica o el encadenamiento exhaustivo de signos de interjección dan paso a una lengua otra, ajena o extraña, exiliada de sí, que abandona los cauces reconocibles de la expresión verbal y dinamita los usos transitivos de la lengua.

Lo que en Valente, en este sentido, aspira a la máxima esencialidad y se encarna en símbolos de desolación, como las ruinas, los cuerpos muertos u otras formas en su entera inmovilidad, y donde la noche del sentido oficia como aquella “en la que la palabra es un solo aparecer oscuro de materias lumínicas y el poema ese solo aparecer, ese oscuro fulgor”³⁷, en Gelman indaga de forma central en la creación de una lengua propia, en el “gelmaneo” de quien ha podido y, a su vez, debido crear un idiolecto propio partiendo sin duda de aquello que Valente nombró como “insuficiencia del lenguaje” y “cortedad del decir”³⁸. El mismo guión del título de este trabajo, que une y a su vez separa los apellidos de los dos poetas no es sino una apuesta secreta por la diagonal con la que Gelman introduce un modo de cesura particular en la poesía en nuestra lengua.

Ya había señalado Miguel Dalmaroni que “los juegos poéticos con la lengua que se despliegan en la obra de Gelman producen efectos imaginario y semánticos *contra-ideológicos*: nos extrañan, nos vuelven por un momento extranjeros de nuestra propia lengua, es decir de nosotros mismos, porque desarticulan las fronteras de nuestro mundo, de nuestros modos de ver el mundo, y así amplifican y enriquecen las posibilidades de nuestra experiencia”³⁹.

En el extrañamiento del que hemos hablado, el papel que juegan las traducciones no resulta menor. Valente ha traducido a John Donne, Keats, Hopkins, Dylan Thomas, Robert Duncan, Montale, Cavafis, Paul Celan, Louis Aragon, Benjamin Péret, Cioran, Edmond Jabès, Marcel Cohen y Hölderlin⁴⁰, y fue jefe de la sección de traductores al español de la UNESCO. Cuando Gelman inicia su exilio en París, conoce a Valente por intermedio de César Fernández Moreno, quien pertenecía a dicha sección e hizo llegar al poeta español las *Citas y comentarios* del argentino. Éste, tras demostrar sus aptitudes de traductor, pasó a formar parte del grupo de supernumerarios que conseguían contratos puntuales de la UNESCO.

De este modo, la traducción es el punto de partida del conocimiento y amistad profunda entre los dos autores, y creo que resulta uno de esos azares concurrentes por los que adquiere pleno sentido el signo que la obra de cada uno de ellos ha desplegado en el tiem-

³⁶ Carlos Peinado Elliot, *Unidad y trascendencia. Estudio sobre la obra de José Ángel Valente*, Sevilla, Alfar, 2002, pág. 317.

³⁷ J. A. Valente, “Aparición y desapariciones”, prólogo a Emilio Adolfo Westphalen, *Bajo zarpas de la quimera. Poemas 1930-1988*, Madrid, Alianza, 1991, págs. 9-13; págs. 12-13.

³⁸ J. A. Valente, “La hermenéutica y la cortedad del decir”, *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994, págs. 61-69; pág. 66.

³⁹ Miguel Dalmaroni, “Juan Gelman: las extrañas fronteras del mundo”, en (septiembre de 2002).

⁴⁰ Cfr. *Cuaderno de versiones*, comp. e int. Claudio Rodríguez Fer, Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 2002.

po: la traducción como espacio amoroso del acarreo de otras voces, el diálogo íntimo con el tronco de la tradición literaria en nuestra y otras lenguas.

Por su parte, Gelman, además de su labor como traductor, crea las voces de otros escritores -John Wendell, Yamanocuchi Ando, Sidney West, José Galván, Julio Grecco, etc.- con los que “gelmanea” pero al tiempo propone “ser otro a través de otras voces que de forma oblicua hablan igualmente del poeta”, “ser otro a través de las traducciones, ser otro a través de otros nombres”⁴¹. El término traducción es buscado deliberadamente por el poeta, que titula *Traducciones I, II y III*⁴² los poemas del inglés Wendell, el japonés Ando y el estadounidense West. Y se pregunta si la poesía es traducción, y si ésta es traición⁴³.

Por todo lo dicho, en *Acercamientos a Juan Gelman*, editado por la Universidad de Guadalajara con motivo del Premio Juan Rulfo 2000, el trabajo de Luis Vicente de Aguinaga se abre con las siguientes palabras: “Juan Gelman, en la doble celebración de sus 70 años y del premio Juan Rulfo, aceptará tal vez que las siguientes líneas lleven esta inscripción. *In memoriam* José Ángel Valente”⁴⁴. Las mismas que suscribiría yo hoy para este trabajo, pues, como señala el autor, “acaso la palabra de Juan Gelman — la palabra que pasa por Juan Gelman o que a través de él cobra sentido— no pueda escucharse con verdadera claridad al margen del *morir*, del *no estar*, del *aniquilarse* o *anularse* que todo saber místico persigue y estimula”⁴⁵.

Evidentemente, las profundas concomitancias señaladas no buscan anular en absoluto las particularidades de las dos voces poéticas. Una de las diferencias más notable radica en la distinta relación con la memoria. Para Valente, el descenso a la noche oscura del alma implica el vaciamiento de la memoria, la “morada sin memoria”⁴⁶, de mayor alcance en la medida en que se trata de una realidad permanente en su obra (así *La memoria y los signos*⁴⁷ o *Material memoria* —1979—). Por su parte Gelman, como ha dicho Valente, “arrastra ríos de memoria”⁴⁸. En él la memoria es un reclamo permanente, su paisaje no es el lugar vacío o la ruina desértica del gallego, sino la noche llena de fantasmas, las sombras del pasado hecho presente hecho futuro volviendo una y otra vez⁴⁹. Por ello Gelman distingue entre silencio de la imaginación y silencio de la palabra (y sobre ambos parece planear el breve texto de Clarice Lispector titulado “Silencio”):

41 Julia Romero, “Juan Gelman, otreddades: contra las fabulaciones del mundo, exilio, traducción”, en José Brú (comp.), *Acercamientos a Juan Gelman*, México, Universidad de Guadalajara, 2000, págs. 17-32; pág. 23.

42 *Traducciones I. Los poemas de John Wendell y Traducciones II. Los poemas de Yamanocuchi Ando* son dos series recogidas en *Cólera buey* (1971), y *Traducciones III. Los poemas de Sidney West* se publicó en 1969.

43 A esta cuestión se ha referido de forma más detallada María del Carmen Sillato en *Juan Gelman: las estrategias de la otreddad. Heteronimia, intertextualidad, traducción*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1996.

44 Luis Vicente de Aguinaga, “La cariñosa rebeldía” en José Brú (comp.), *Acercamientos...*, ed. cit., págs. 141-146; pág. 141.

45 *Ibid.*

46 Cfr. Carlos Peinado Elliot, *Unidad y trascendencia...*, ed. cit., pág. 324 y ss.

47 Para una de las secciones de este libro, señala Armando López Castro “la disolución del recuerdo en el café para acceder a una nueva realidad”. En *Lectura...*, ed. cit., pág. 51.

48 J. A. Valente, “Juan Gelman o los ríos de la memoria”, ed. cit., pág. 87.

49 Así el poema “[la memoria no se quiere apagar/]” de *Incompletamente*.

El silencio de la imaginación no es el silencio de la palabra. Entre los dos se abre una *terra ignota* que es un vacío muy particular. Ese vacío no es la nada, está vivo y lleno de rostros que persigo y nunca veré del todo. Ocurre un vértigo circular. ¿Busco alguna respuesta? ¿Hay respuestas? ¿No es vana esta insistencia? ¿Y por qué corredor transita la obsesión hasta dar en palabra?⁵⁰

Sin embargo, cuando Valente escribe “Nada tiene más fuego en sus entrañas / que la melancolía ardiente de esta hora. // Nada tiene más fuego que la ausencia”⁵¹ parece estar leyendo de modo estricto a Gelman, que se mueve en la sombra, la ceguera, la noche del alma como el único espacio posible, aquel en el que las nociones de abandono, de intemperie o de exilio, imprescindibles a su vez para leer a Valente, son médula misma y corazón del verbo. El lugar de la aparición.

Ya en otro lugar me he ocupado de las fecundas relaciones de Valente con la lírica hispanoamericana contemporánea⁵², en particular con Vallejo, Lezama Lima y Emilio Adolfo Westphalen. De él se ha dicho que establece “vinculaciones esenciales [...] con la escritura del otro lado del Atlántico”⁵³. La que lo ata invisiblemente a Gelman me parece una de las más interesantes de la lírica en español, ya que permite medir el modo en que el que distintos territorios de la lengua terminan adensándose en voces intensamente personales que sin embargo establecen una cartografía poética concomitante, *compartida* y *convivida*. Me refiero a la condición exiliar y su experiencia de la ajenidad, el abrevamiento común en las fuentes de la mística y la cábala, la vivencia solidaria del sufrimiento humano y la indagación permanente y rigurosa sobre la lengua poética, porque es el buscar y no el hallar, la procura del vacío como inminencia y como espera la que anula los sentidos para sumergirlos en la noche más oscura y necesaria.

50 Juan Gelman, “Notas al pie”, ed. cit., pág. 5.

51 “Días de octubre de 1996”, *Fragmentos de un libro futuro*, ed. cit., pág. 71.

52 “De ida y vuelta: José Ángel Valente y la lírica hispanoamericana contemporánea”, Homenaje a José Ángel Valente en *Espacio/Espaço escrito*, Badajoz, 1999-2000, n° 17-18, págs. 69-73.

53 Jacques Ancet, “Para situar a Valente: indicios”, prólogo a J. A. Valente, *Entrada en materia*, Madrid, Cátedra, 1989, págs. 7-33; pág. 9.